

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

NARRACIONES EVANGELICAS

V.—La Presentación en el Templo.

«Cumplido el tiempo en que debía purificarse María, según la ley de Moisés, subieron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la misma ley: Todo varón primogénito será consagrado al Señor; y para ofrecer en sacrificio, conforme a lo prescrito en la ley del Señor un par de tórtolas o dos palominos». Con estas palabras resume San Lucas dos leyes y dos ceremonias diferentes del judaísmo. La primera ley se refiere a las madres, prescribiéndoles, después de cada parto, una purificación que debía librarlas de la mancha legal que habían contraído. La segunda concierne a los primogénitos varones, mandando a los padres que los presentasen al Señor y los rescatasen mediante determinada suma de dinero.

Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, la Sagrada Familia, para obedecer estas prescripciones, se presentó en el Templo de Jerusalén: María para ser purificada, Jesús para ser rescatado, y José, como padre legal del Niño, para ofrecerlo al Señor. El piadoso grupo atravesó el atrio llamado de los gentiles y el de las mujeres y subió una escalera de quince peldaños que había entre el atrio de las mujeres y el de los israelitas. Entonces presentaron la ofrenda de las tórtolas o de los palominos, sacrificio de los pobres, y el sacerdote de semana roció a María con la sangre de las víctimas y oró por ella. Después el Divino Infante fué rescatado por cinco siclos de plata (unas 18 pts.)

Este rescate del Niño y la purificación de su Madre no tenían razón de ser en esta circunstancia, porque María no había contraído la mancha legal, y Jesús, como Hijo del Eterno Padre y su Sacerdote, no tenía necesidad de ser consagrado a Dios ni de que le rescatasen, pues El había de ser el Redentor del mundo y era ya el Pontífice universal y único que podía reconciliar el cielo con la tierra. (Lc. 2, 22-24.)

VI.—El anciano Simeón.

Vivía por aquel tiempo en Jerusalén un anciano llamado Simeón, hombre justo y temeroso de Dios y varón perfecto desde el punto de vista de la religión judía, el cual, en medio de las humillaciones de su pueblo, no había olvidado las promesas hechas a los Patriarcas ni los oráculos de los Profetas. Esperaba con ansia la consolación de Israel, esto es, al gran Libertador designado con el nombre de Consolador por excelencia. La justicia, la piedad y la fé de Simón habían fijado al Espíritu Santo en su alma de un modo permanente.

En aquella íntima y suave unión con el Espíritu Divino le había sido revelado a Simeón que antes de morir tendría la dicha y el consuelo de ver al Mesías enviado por Dios. Movidó pues, por el impulso irresistible del mismo Espíritu se dirigió al Templo, al tiempo en que María y José presentaban el Niño. Cuando el venerable anciano llegó a los santos esposos, ya éstos habían presentado a Nuestro Señor Jesucristo ante el Dios de Israel, y pagado el rescate, después de haber sido purificada la Virgen de la mancha legal que se suponía haber contraído como las demás madres.

Entonces Simeón tomando dulcemente al Niño de los brazos de su Madre, para sostenerlo en los suyos y apretarlo contra su corazón, fué inundado de consuelos, y esclarecido por la luz del Espíritu Santo, reconoció por Mesías y Salvador de Israel y del mundo al tierno Infante, y convertido en poeta, cantó, con el acento de los profetas inspirados, diciendo:

«Ahora, Señor, que he contemplado al Mesías, dejas ir en paz a tu siervo. Tú cumples la palabra por la cual prometiste a tu siervo hacerle ver, antes de su muerte, al Mesías. Muero en paz, porque mis ojos han visto al Salvador, cuyos beneficios, se derramarán sobre todos los pueblos, sin distinción de raza ni de condición; que será luz que brillará sobre los gentiles, para esclarecer las tinieblas en que se hallan sumidos, y glorificará particularmente al pueblo judío, que es tu pueblo».

Al oír María y José las palabras del santo anciano, no pudieron contener su admiración, no porque a ellos, que habían sido autores o testigos de tantas maravillas en el corto espacio de pocos meses, les revelase cosas nuevas;

admirábanse de las circunstancias prodigiosas que acompañaban cada misterio de la vida del Niño, y principalmente de la manera como se manifestaba el Señor a corazones tan sencillos y humildes, comunicándoles tan grandes luces sobrenaturales.

Después de haber concluido Simeón su cántico, bendijo a María y a José, esto es, los felicitó por su incomparable dicha, los proclamó bienaventurados. Pero en aquel momento recibe nuevas revelaciones: Aquella luz que tan admirablemente había él cantado, la ve ahora sombreada por cercanas nubes, y dirigiéndose a la tierna y virginal Madre del Niño, le dice con acento de dolor: «He aquí que este Niño está destinado para caída y para levantamiento de muchos hombres en Israel y para signo que será contradicho». No quiere decir que Jesús esté destinado en sentido estricto para ruina y caída de nadie, pues Dios no envió a su Hijo para perder a ningún hombre, sino al contrario, para salvarlos a todos; pero muchos por su propia culpa y su obstinación en no recibirle, hallarán en Jesús la ocasión de perderse. Otros encontrarán en El la resurrección y el levantamiento de sus almas muertas y caídas por el pecado,

«Y a tu misma alma la traspasará una espada», dice Simeón a María. La Madre de Jesús, asociada íntimamente al misterio de la Encarnación, no lo estará menos al de la Redención. ¡La espada de dolor traspasará su inocente alma cuando viere a su Hijo perseguido, condenado y crucificado y a tantos hombres como en el seno mismo de su pueblo cerrarán los ojos a la luz y perecerán por su obstinación. María, que dió a luz sin dolor a su Hijo, tendría que padecer tanto para llegar a ser Madre de los hombres, que más de treinta años continuos beberá del mismo cáliz amargo que bebió el Salvador. A los trabajos y pasión del Hijo responderán los dolores y Compasión de la Madre.

Como el Salvador será causa involuntaria de ruina y de perdición para unos y causa directa de vida y de resurrección para otros, «se manifestarán los pensamientos de muchos corazones», dividiéndose la humanidad en dos bandos contrarios por causa del Cristo. Nadie puede permanecer indiferente; quien no esté por El, estará contra El. (Lc. 2, 25-35)

VII. — Ana la Profetisa.

No fué sólo Simeón el que recibió luces sobrenaturales acerca del Infante ofrecido por María en el Templo, porque una mujer llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, favorecida con revelaciones análogas a las de los Profetas, es también testigo de la venida del Mesías y de sus gloriosos destinos en el mundo.

Esta santa mujer «era ya de edad muy avanzada, y había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda de hasta ochenta y cuatro años que no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones». Su perseverancia en la oración y el ayuno recibe por fin el galardón merecido, porque sobreviniendo a la misma hora que Simeón, tiene, como éste, la inefable dicha de contemplar con sus ojos al Santo del Señor y de convertirse en mensajera de la buena nueva, proclamando delante de todos los que con ansia esperaban la salud de Dios y la liberación del pueblo escogido. (Lc. 2, 36-38.)

UN MIROBRIGENSE



DÍSTICOS CARNAVALESCOS

«Hac nocte animam
tuam repetunt a te».

El vicio y la pasión desenfrenados
recorren hoy las calles disfrazados.

El choque voluptuoso de sus besos
de danza impura mide los excesos.

Su faz, oculta al sol y a los humanos,
la juventud se iguala a los ancianos.

¿En dónde la virtud de las doncellas?
¡Cómo os pisaron, margaritas bellas!

Las rosas y azucenas del vergel
ajaron los placeres con su hiel.

Después de tal pasión y goce tanto,
¡paguéis, es justo, con amargo llanto!

¡Oh! alma en el placer adormecida
que escuchas del Señor: — «Acá esa vida» —

Huyó el placer, que en Momo habéis buscado,
acíbar, hiel, el vicio os ha dejado.

Buscad, buscad ahora. abyectos seres,
del vino y de la orgía los placeres.

Al fin, cansados de llorar los ojos
punzarlos há el dolor con sus abrojos.

¿No oís, oh necios, que el Señor os llama,
(lo mismo al jóven que a la hermosa dama)

a conmutar, al fin, en su Juicio,
los frutos de la orgía en un suplicio?

FR. M. FONTELA, O. P.

Oviedo, Enero de 1918.



LA PROVIDENCIA EN EL MUNDO

Cruzaba cierto día un caballero cristiano la plaza de esta ciudad. Un mendigo se le acerca y le pide una limosna; Dios le ampare, contesta, no llevo con que socorrer a usted. Amohinado el pobre, vuelve la vista a un religioso que por acaso presenciò la escena y le dice: «Ahora vengán predicando Vds que hay providencia en la tierra!»

Esta blasfemia del miserable mendigo, es hoy comunísima en el mundo. Engolfados, hundidos en la vida del cuerpo, no acertamos a ver la mano provisorá del Omnipotente que, hiriendo la materia, abre paso al espíritu; y destruyendo nuestras torres de viento, quiere edificar para nosotros palacios eternos en la vida futura.

En conformidad con estas pobrísimas ideas de la Providencia, vemos a muchos hombres que, frente a la gran catástrofe asoladora de nuestra Europa, creen que Dios no se cuida ya del mundo y que lo ha entregado en absoluto a la voluntad humana para que edifique y destruya a su placer. En efecto, hay quien no comprende cómo puede Dios permitir que se destrocen todos los días millares y millares de hombres; que millares y aún millones de hijos

queden sin padre, y que millones también de esposas, queden sin más amparo ni compañía que las lágrimas y el luto.

Terribles, espantosas son estas desgracias, ¿quién puede ponerlo en duda? Pero de aquí nada se sigue que perjudique la misericordiosa providencia de Dios. Dios es inmensamente grande en la misericordia, e igualmente inmenso en justicia. Somos muy inclinados a maldecir la espada que nos hiere, y en la misma medida, a olvidar la causa de nuestro castigo. Dúlcemente y sin sentirlo, nos hemos tragado el veneno, y hoy recordamos tan sólo el efecto, el daño que nos ha producido.

Es necesario traer a la memoria la ingratitud de la sociedad para con su Dios, a fin de no extrañarse de los castigos que Dios impone a la sociedad. Al Creador no se le ofende en vano; por más que parezca que calla durante siglos enteros y que deja a las naciones cometer a mansalva crímenes e injusticias, al fin abre su mano y las hieles de su ira, detenidas por mucho tiempo, descienden sobre la tierra y se extienden purificando corazones corrompidos, despertando almas olvidadas y castigando pecados, que, como en remanso, tiene amontonados la sociedad.

Al comenzar nuestro siglo, la soberbia iba tomando el imperio del mundo; las luces y progresos de la ciencia habían dado a muchos cédula de incredulidad; en todo se iba pensando, se hacía aprecio de todo, todo se estimaba, menos las cosas de Dios. El Señor callaba y esperaba, deseando que el mundo volviese a Él, hasta que fué preciso que el brazo pesado de la justicia cayese sobre nosotros, ya que era inútil llamarnos con la misericordia.

La primera obligación de todo Reino, diga la impiedad lo que dijere, es dar culto a Dios; venerarlo, reverenciarlo, porque es el dador de todo. Las leyes y las personas que representan a Dios, las sociedades que le honran, los hombres que miran en todo por su honor, deben ser respetados. Y, precisamente, todo lo contrario ha servido de regla a las sociedades modernas. Un vistazo por su historia nos hará ver que no mentimos.

Inglaterra, Rusia y Turquía han formado, durante siglos, una especie de triple alianza hostil y cruel contra la Religión verdadera. No son para narrados en pocas palabras el número y atrocidad de los sufrimientos que los turcos han descargado contra los infelices cristianos, sus compatriotas. Pues, ¿qué decir de la nación mártir, de la

fidelísima Polonia, rodeada siempre de enemigos furiosos, destructores jurados de la Religión Católica? Allí, lo mismo que en la desventurada Irlanda, los católicos han sido desterrados, esclavizados, fustigados y muertos muchísimos del modo más ignominioso; ¿por qué? por el *crimen* de ser fieles a su Dios, por no renegar de la fe santa y de las grandes verdades que aprendieron en el regazo de sus cristianas madres. Por eso, y no más que por eso, los católicos han debido ser esclavos miserables de la despótica Rusia y de la *humanitaria* Inglaterra.

Hemos dicho que la ciencia había dado a muchos cédula de incredulidad. De ninguna parte se puede esto decir con más verdad que de Alemania. La descomposición del Protestantismo, el odio al Papa y el espíritu cortante de una refinada crítica, en todas las materias, ha abierto la puerta para hablar trivialmente de lo más santo, para renegar de la tradición y del dogma, y para vomitar contra la adorabilísima persona de Nuestro Dios y Señor Jesucristo las blasfemias más horrendas que han salido jamás de la boca del mismo príncipe de las tinieblas. Esto en Alemania; y ¿qué decir de Francia? Desde fines del siglo XVIII, se torció tan escandalosamente que sus sabios casi en tropel, renegaron de Dios y, como locos, se dieron a infamar este santísimo nombre.

En 1778 murió Voltaire, el cual había tenido por tema de todas sus campañas literarias *aplantar al infame* (¡Y el infame era Nuestro Señor Jesucristo!). Juró, cuando joven, consagrar su vida a la ruina del Catolicismo y lo cumplió; aunque el Catolicismo triunfó de sus blasfemias, por que, está escrito, que contra él no podrán prevalecer ni las puertas del infierno. Acompañaron a Voltaire en su obra de impiedad, hombres como Alambert, Condorcet, Diderot... acaso no tan ingeniosos, pero sí de sentimientos tan perversos como los suyos. Entonces publicaron aquella obra nefanda llamada *Enciclopedia*, libro abarrotado de venenosas doctrinas, que mató las ideas y los sentimientos religiosos en la mayor parte de la juventud. Una enormidad de insultos y blasfemias se siguieron de aquí contra Dios: la Religión, se decía, que era una invención del clero; la existencia del espíritu una patraña; fábula la supervivencia del hombre, y la Biblia, lejos de ser palabra de Dios, un conjunto de mentiras y cuentos que nos ha legado la antigüedad. Y así, por este estilo, iban blasfeman-

do de todo, no dejando en pie ninguna de las grandes verdades que la Religión enseña.

Pero la maldad de aquellos hombres no paró sólo en palabras. Algunos años más tarde, se llevaron a la práctica estas perniciosas doctrinas, produciendo la revolución más cruel y más satánica que se registra en la Historia. En ella fueron los sacerdotes perseguidos y condenados a muerte; las iglesias arruinadas, robadas sus alhajas, las imágenes por el suelo, las hostias pisoteadas y todo destruido y profanado. Del grandioso templo de Nuestra Señora de París, se arrojó a la Purísima Virgen y en su altar se colocó una *mujer perdida*, la cual recibió honores y aclamaciones de millares de hombres que fanáticos la adoraban. Apóstata hubo que, arrojando el crucifijo, lo pisoteaba diciendo: «No basta aniquilar al tirano de los cuerpos (al Rey), aniquilemos también al tirano de las almas». Y cuando el Romano Pontífice, aquel gran mártir del deber, Pío VI, condenaba tanta maldad, quemaran su efigie, ya que a él no podían quemarle, después de pasearla sobre un asno por lo más céntrico de la capital de Francia. Estos y otros infinitos desacatos, se cometieron entonces contra Dios, esforzándose por arrojarle del mundo. ¡Como si el mundo no fuera obra de sus liberales manos!

Mientras tanto el espíritu irreligioso ha ido cundiendo por todas partes; y la indiferencia en materias de fe, ha sido el mal menor que ha ocupado la mayoría de los corazones; los Gobiernos hacen carta blanca de sus compromisos con la Santa Sede; las familias pierden el carácter de tales porque pierden la Religión; el individuo, cada día más egoísta, se convierte en Dios de sí mismo. Todo esto venía sucediendo desde hace algunos años y Dios callaba, mejor dicho, llamaba al mundo con clamores de Padre. Las luces del entendimiento brillaron sobre todos los tiempos pasados; los milagros, sobre todo, en Lourdes, frecuentísimos y estupendos; los avisos de lo alto, por mediación de almas santas, de sacerdotes, principalmente de los Romanos Pontífices, resonaron como nunca; y los corazones de los hombres duros como siempre.

Cuando consideramos el azote, las terribles congojas por que atraviesa hoy la pobre Humanidad, nuestras rodillas tiemblan, y caemos instintivamente a los pies de Jesucristo, diciendo: «Misericordia, Señor; perdona nuestras deudas; líbranos de tanto mal». Pero luego, al ver las cul-

pas e ingratitudes del hombre para con Dios, ante el diluvio de males que nos aquejan, decimos resignados: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». El peso de la guerra nos aplasta; pero no ignoramos que este tremendo golpe ha ido retardándose años y años, como si el Señor esperara el arrepentimiento y las lágrimas de la Humanidad; al fin, cuando las sociedades se constituían independientes, sin religión y sin fe; cuando se creían capaces de gobernarse a sí propias, sin necesitar de Dios para nada; Dios ha levantado su mano dejando a los hombres deliberar a su antojo, y éstos, frenéticos, como locos, se han arrojado a la lucha, jurando cada cual aplastar al enemigo. He ahí la venganza; he ahí el brazo del poder divino castigando la soberbia humana. El castigo humanamente no ha podido ser más grande, pero también las culpas no podían ya ser mayores.

Dichosos de nosotros, aun, si en presencia de tanto mal volvemos la vista y el corazón al cielo. No quiere el Señor la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. A todos podíamos decir lo que el autor del libro de los Macabeos dice: «Ruego yo ahora a los que lean este libro que no se escandalicen a la vista de tan desgraciados sucesos, sino que piensen que acaecieron estas cosas no para nuestro exterminio, sino para corrección de nuestras culpas; porque señal es de gran misericordia hacia los pecadores, no dejarles vivir a su antojo, sino aplicarles prontamente el azote para que se enmienden. (II. Mac. c. VI)

Consideremos que todo cuanto sucede mientras vivimos se ordena a nuestro bien, aunque sean los mayores males. En el mundo, como dice un sabio, los santos trabajan como maestros, los enemigos de Dios como jornaleros, libremente los niños, los esclavos por fuerza; y, por encima de todo, se alza invisible, pero eternamente activo, el Divino Artista, el Maestro maravilloso, dirigiéndolo todo por sí, hacia un fin noble que El se propuso.

FR. TOMÁS S. PERANCHO.



AMOR CON AMOR SE PAGA

Colasón y el tío Caniles eran dos vecinos del mismo pueblo de Calparral de Abajo, tabernero el uno y labrador

el otro, ambos a dos, hombres de buen fondo y buenas costumbres; pero en fin, un día que si el regato ha de pasar por tu prado o torcer por otro camino, que si yo voto a fulano y tu a mengano, otro que si a mi me toca la mayordomía de las fiestas o te pertenece a ti, habían tenido sus más y sus menos. La cosa nunca había pasado a mayores, pero... claro, por triquiñuelas de la vida, no se miraban con tan buenos ojos como fuera de desear en buenos vecinos y mejores cristianos.

Amaneció un día de cuaresma, de cielo encapotado, pardas nubes y pertinaz lluvia; no parece sino que el tiempo trataba de anunciar la mala sombra que había de tener el tío Caniles.

Había recibido éste la noche antes, aviso de presentarse en la parroquia para ser *dexaminado* (como él decía) de doctrina cristiana.

El tío Canilles no estaba muy fuerte que digamos en achaques de doctrina ¡hacía tanto tiempo que no la había saludado ni por el forro! —¡Concho!... cualquiera se *alcuerda* de aquella letra que *mos* metía el maestro en la molle-
ra a *juerza* de palo.

¡A los sesenta y pico... *dexaminarse* uno como si dijéramos de doctor! ¡*pus*... no es *nú* lo del ojo! Y no es eso lo más malo; lo más *pior* es que asistirá también Colasón el tabernero, que ha de reir a mandíbula batiente, en *cuantis* que me oiga *disbarrar*. ¡Pero que *caraila*!... el señor cura lo manda, hay que obedecer: *cuantis* más que yo soy hombre *pasao* ya por las armas. ¡*Pus* no faltaba más!... *acostumbrao* a tirar tiros en la guerra carlista, amilanarme por una niñería! ¡*Arsa* pa alante, y lo que sea, sonará!

Y ciñendo la faja y liando un pitillo, calle arriba, llegó a la iglesia parroquial; y entre los feligreses examinandos divisó el tío Caniles a Colasón, su mayor enemigo, y por lo mismo, el que más había de celebrar una plancha del tío Caniles. —Vamos a ver, Caniles; ¿V. tendrá mucha prisa, verdad? —Si por cierto, *siñor* cura, y harto sacrificio hago con venir a esta hora pa ser *dexaminado*. —Bien... pues cuatro preguntillas tan solo de las más fundamentales y está V. despachado. —Pues mire V. señor Cura, que a mi tampoco me sobra el tiempo, dijo Colasón. —¡Silencio!.. y a esperar el turno, yo bien sé lo que me hago: Diga V. tío Caniles, ¿Cuántas personas existen en la Santísima Trinidad? —*Pus*... mire V. *siñor* cura, ayer precisal

mente estaba yo *escurriendo* sobre eso mismo: y si ma-
no me *alcuerdo* deben ser. lo menos lo menos una fami-
lia. — ¡Atiza! con dos patadas como esa, lo menos... lo
menos sobresaliente con tres eses, interrumpió Colasón.
— ¡Vamos hombre! no son muy buenos principios esos, que
digamos; pero en fin, te lo voy a indicar por ver si te doy
un poco de luz: primer persona es el Padre, y la segunda
es el Hijo. — *Pus señor cura*, de fijo que... la tercera es
la madre. — ¡Ja, ja, ja! interrumpió Colasón; pues vaya
un *tologo* que nos ha salido en verso, y todo nos echa los
disparates ¡pues vaya un ignorantón! no sabe ni el a b c de
la doctrina. — Bueno, en esto ya se vé los puntos que cal-
zas, prosiguió el señor cura, vamos a otra cosa. — Diga
usted, tío Caniles, ¿para qué fué instituído el Sacramento
de la Penitencia? — *Pus pa* perdonar las faltas que uno
pudiera tener. — O las sobras, dijo Colasón. Eso y no de-
cir nada es la misma cosa. — ¡A *usté naide* le pregunta
los años que tiene! — ¡Vamos!.. haya paz entre los ruines.
Diga V., tío Caniles, ¿y todos los pecados son perdo-
nables? — No *señor*. — ¡Como!.. lo dice V. de veras. — Co-
mo si me muriera que es *asina*. Los *pecaos* de Colasón,
por ejemplo, no hay cura que los perdone, por que son
más grandes que la catedral de la villa; y esto ya me en-
cargaré yo de probarlo o poco tengo de poder, y a fe de
buen cristiano que no responderé otra palabra más... por-
que *pa* mi gobierno sé la doctrina suficiente... y aún *pné*
que algo más. Lo que no sé es .. doctrina o gramática
parda, como algunos que me escuchan. — Bueno... que no
está hoy el horno para bollos, ya buscaremos otra ocasión
para que puedas tomar el desquite. — Lo que yo tomo
señor cura es... la puerta, sin aguardar un momento más...
Porque, claro, yo no vengo muy fuerte que digamos; pero...
alguna *ideica* si la traía... ¡Pero! claro... *na* más que veo
a ese morral de Colasón..., se me *esvanecen* toas... toas...,
como el alcohol que él nos vende... Y nada... nada que no
digo ni media palabra más... a la paz de Dios, *señor cura*.
Y calándose el sombrero, y volviendo a liar otro pitillo,
salió el tío Caniles de la iglesia corrido y avergonzado,
como alma que lleva el diablo. — ¡Concho!.. ¡coraila!..
¡Reirse de mi ese botarate!.. Pero me las pagas, me las
pagas. . o no he de ser yo el tío Caniles.

* * *

Han transcurrido varios días después del examen desgraciado del tío Caniles. Amaneció un día espléndido por demás, y el tío Caniles que era hombre que veía salir el sol, se tiró de la cama más contento que nunca, cantando «la molinera del puente». Aquella canción que solía cantar los días que repicaban a gloria las campanas de su corazón.

—¡Concho!... ya verás tú como las gasta el tío Caniles... hoy te saco todos los trapos sucios... hoy te pongo a la vergüenza pública o no he de ser yo ni *siquid* una miaja de hombre...

Y diciendo y haciendo se lanzó el tío Caniles a la calle, en dirección a la casa del señor cura, rebotando de satisfacción, con la esperanza del éxito. ¡Ahora es la mía!... ¡Ahora me las pagas *toas* juntas! Y sin darse cuenta llegó en un periquete a casa del señor cura, y llamando cuidadosamente a la puerta, como disimulando la alegría que le reventaba hasta por la faja, dijo:

—¿Hay *primiso*? —Adelante. —Buenos días, *siñor* cura... sabrá *usté* como el negocio va... viento en popa, y hay que ventilarlo sin esperar a más. —Bueno, eso tengo que creerlo por que V lo dice... Ya sabe V. que esos cargos graves hay que probarlos con testigos, y en presencia del interesado; máxime que yo no he podido advertir que Colasón me haya estafado, ni en la hacienda ni en mis derechos.

—*Pus*... sí, *siñor*, como lo oye, que Colasón le está robando sus derechos de *usté*, y *respeuto* de los testigos ya tengo yo bien *ataos* los cabos... y si no me engaño por la plaza vienen Andresillo y el sacristán, acompañados de Colasón..., y Andresillo y el sacristán no me dejarán mentir, porque harán de testigos en este juicio. —Y al momento, llamando a la puerta, entraron Andresillo, el sacristán y Colasón, para ser actores en el juicio entablado por el tío Caniles. —¿Son estos los actores del juicio, tío caniles? —Mesmamente... Andresillo y el sacristán sabrán decir lo que viene al caso, sin malicia ni engaño.

—Sí, señor, que lo diremos, por *mor* de la justicia y de la verdad. —Bueno —dijo el Sr. cura— interrumpió Caniles. —¿Le parece a *usté siñor* cura que la doctrina cristiana es... na más que *pa sabela asina* de *corrio*: y *dispues facer* de élla un pandero... o dos panderos? —No por cierto. La doctrina es ante todo para hacer hombres decentes

y buenos cristianos — ¡Ahí pican! *Pus* Colasón, con tirárselas de *sabiondo*, no practica ni una *miaja* de ella: hace lo *mesmo*... que dicen que hacían los judíos; mucha letra y pocas obras... mucho *señor* pequé, y al prójimo que lo parta un rayo — ¡Protesto!... Aquí se está faltando a la caridad... Aquí se me está insultando con ensañamiento, alevosía y abuso de confianza — ¡*Pus* no es verdad lo que digo ¿grandísimo?... dijo el tío Caniles, enseñándole los puños a Colasón — ¡Silencio!... Aquí ante todo orden, que si no nos entenderemos en tres siglos. V. acuse primero tío Caniles, con moderación y respeto; luego que informen los testigos, y en último lugar que se defienda Colasón — ¡*Mu* bien dicho!... en cuatro palabras diré todo lo que tengo que *ecir*... Diga *usté* *señor* cura, ¿el séptimo mandamiento no prohíbe terminantemente el robo? — Ciertamente... ¿pero a qué viene eso? — Ahora *señor* cura, ahora viene el *busilis*. Diga *usté* ¿y además de la hacienda, el dinero y otras cosas de peso, no se puede también robar cosas que no se palpan... como la honra y los *direchos*? — ¡Dale moler!... — ¿pero acaba V. o que? — Sí *señor*, *escomienzo* y acabo y digo... que Colasón le está estafando a *usté* en sus derechos... Y aquí de los testigos que no me dejarán por embustero — ¿Qué derechos? — Los derechos de bautizar, los derechos que llaman de pila — ¡Vaya una patada!... ¿A quien he bautizado yo grandísimo!... — A miles de *creaturas*... desde que tiene *usté* taberna, que va *pa* veinte años que está *usté* bautizando, sin dar reposo a la mano... ni a la *conciencia*. — A mí me ha *vendio* V. un garrafón de anís completamente bautizado: dijo Andresillo — Y a mí un pellejo de vino, que por ser demasiado cristiano, no ha *valío* ni *pa* las misas, ni *siquía* *pa* la mesa, dijo el sacristán... — Y a mí, ¡grandísimo sacerdote intruso!... un azumbre de lo blanco, que a grandes voces está diciendo que es más hijo de la fuente que de la viña... Y pleito terminado... y *usté* dará la sentencia *señor* cura, no como parte interesada, sino como representante de la justicia de Dios. — ¿Y qué sentencia le cargamos, tío Caniles? — 1.º, que practique la doctrina cristiana, aunque no la sepa tan bien... 2.º, que no se burle del prójimo cuando le vea en apuros... y; 3.º, Que maneje las medidas con *conciencia* y como Dios manda, y que deje el hisopo *pa* los curas. Y nada más .. a la paz de Dios que este pleito ha terminado. Y saliendo de casa del Sr. cura, se dirigió el tío Caniles a

la suya rebosando de satisfacción y diciendo para su capote. — Ya ves quién es el tío Caniles... A un bellaco otro mayor. . amor con amor se paga.

FR. S. MAGDALENA.



CARTAS DE LOS MARTIRES DOMINICOS DEL JAPON

XII

Esta carta venía dentro de la carta del Padre Fray Tomás, mi hermano, para mi padre, y es del Padre Fray Diego de Soria, de Sevilla.

Mi Señor Martín de Zumárraga: Pague Nuestro Señor a Vm. lo mucho que nos ha consolado a todos con las cartas de tanto espíritu que Vm. ha escrito al P. Fray Tomás, el cual acude como hijo de tal padre y como hijo de espíritu verdadero de Nuestro Padre Santo Domingo. Yo espero en Nuestro Señor que le ha de hacer un grande apóstol de China. Ha venido con grandísimo espíritu, siempre a pie y pidiendo limosna, y aquí es consuelo y alivio de todos nosotros.

Dios le guarde y me deje ver a Vm., que lo deseo y lo procuraré hacer, despachados los Religiosos este año, que yo no puedo ir hasta el que viene, y así procuraré ir a esa ciudad a besar a Vm. sus manos; a quien suplico me encomiende a Nuestro Señor. Yo y toda esta Comunidad haremos lo mismo por Vm. y su casa. — *Fray Diego de Soria.*

XIII

Carta escrita para mi padre, de Fr. Domingo González, de Sevilla.

JHS.—La gracia del Espíritu Santo sea con Vm. que bien pienso que lo está, como lo muestran unas cláusulas de las cartas que escribió Vm. al Padre Fray Tomás, en las cuales vi un ternísimo amor de padre y un cristianísimo espíritu, cosas que no sabe juntar el mundo, y las aduna fácilmente Dios en el alma a quien comienza a favorecer, y en Vm. las tiene muy juntas, porque según la re-

lación que yo tengo de V., no comienza ahora, porque ha mucho que comenzó. Y quizá en premio de esto ha dado Dios tanto espíritu al Padre Fray Tomás de Zumárraga; que muchas veces premia Dios, y castiga, el bien y mal de los padres en los hijos. Y por que dé Vm. gracias a Dios, quiero dar cuenta a Vm. del espíritu con que vino el Padre Fray Tomás hasta Sevilla, que aunque yo no le acompañé todo el camino, porque tuve necesidad de venir a Toledo delante, pero sé muy bien lo que ha pasado, por el Padre Fray Tomás y el Padre Fray Francisco de Herrera, que es el otro compañero. Me hacen mucha caridad y amistad muy de atrás, y así me lo contaron todo. Salieron los dos sin blanca y sin otra cosa que lo valiese, después de haber dado por amor de Dios todo lo que tenían, sin dejar para sí nada, y así venían pidiendo por amor de Dios las cosas necesarias con tanta perfección, que no querían tomar dineros ni verlos, sino un poco de pan, que muchas veces era solo, por no hallar otra cosa. Y algunas veces hallaban un poco de queso con que comello, y otras veces hallaban quien los regalase, quiriéndolo así Dios, que de cuando en cuando quiere regalar corporalmente a los que espiritualmente le sirven, para que el cuerpo no desfallezca con el trabajo continuo.

Desde Toledo nos juntamos con el Padre Vicario, que no quiso que fuésemos de esta suerte por evitar alguna enfermedad, que fácilmente podrían cobrar caminando a pie, comiendo muchas veces pan y agua solamente, y durmiendo ordinariamente en el suelo, no estando enseñados a todas estas cosas. Y así desde Toledo, que venimos juntos, se mitigó algo este trabajo, aunque no se quitó del todo. No tiene Vm. que tener pena de todas [estas cosas] sino holgarse como en medio de ellos se holgaba el Padre Fray Tomás, no sólo en el alma sino también en el cuerpo. Y así todo el camino vino cantando himnos y psalmos espirituales, imitando a los Apóstoles, que cuando los azotaban y maltrataban por el nombre de Cristo, se alegraban grandemente viendo de cuánto valor es cualquiera de estas niñerías que por Dios se padecen en el mundo. Y esto sólo ha sido el principio, que por tan bueno da esperanzas de muy buen fin, que es lo que todos pretendemos.

Esto he escrito a Vm. por saber el buen ánimo y espíritu que Dios dió a Vm. y que llevará esto con tanta prudencia y virtud, que no sólo no reciba Vm. pena sino mu-

cha alegría y consuelo, pues estas cosas son de suyo alegres y muy de consuelo. Y si el mundo no las tiene por tales, es porque no las conoce, y así no puede juzgar de ellas; y si juzgare, ha de decir que lo amargo es dulce, y lo dulce amargo. Mas Vm. por haber gustado de Dios, sabrá juzgar de estas cosas y alegrarse tanto en el alma, que se eche de ver en el cuerpo.

Guarde Nuestro Señor a Vm. con tanto aumento [de] bienes espirituales y corporales como yo deseo, y suplico y suplicaré a Su Majestad en todos los sacrificios que en todas partes celebrare, que a tan buena voluntad y obras como Vm. me ofrece, obligado estoy a corresponder con todas mis fuerzas, que son éstas.

De Sevilla a doce de Junio de seiscientos y uno. = *Fray Domingo González.*



Suscripción para el altar de Ntra. Sra. de Peña Francia.

Continúa la lista de donativos.

Doña Josefa Alvarez, don Bernabé Menéndez Riestra, doña Rosa Acebal, don Benigno Díaz, doña Josefa Menéndez, Un devoto, doña Inocencia Díaz Riera, doña Esperanza Rubiera Alvarez, doña Cirila Riera Tuya, doña Crisanta de Rubiera, don Manuel Rubiera, doña Balbina Piñera (Deva) cada uno	0,25 ptas.
Doña Josefa Rodríguez Solar, doña Castora Pidal, doña Generosa Rubiera Santurio, doña Nieves Rubiera Santurio (Deva), cada una	0,15 —
Doña Araceli Ortiz Alvarez, don Luis Loché Cuesta, doña Ramona Rubiera Suárez, doña Herminesinda Caso Rubiera, don Germán Solar Piñera, don Corsino Solar Piñera, doña Asunción Viña García (Deva), cada uno	0,10 —
Don José Rubiera Alvarez	— 0,30 —
— José Santurio Morís	— 0,50 —
Doña María Loché Cuesta	— 0,50 —
— Carmen Rubiera Santurio	— 0,20 —
Don Celestino Solar Piñera, doña María Solar Piñera (Deva), cada uno	0,05 —

Doña Carmen de la Peña de Vélez (Ciudad Rodrigo), por segunda vez	10,00 ptas.
Don José Martín Angoso (Hondura)	0,50 —
Una persona devota (por tercera vez)	50,00 —
Una persona devota (Ciudad Rodrigo)	1,00 —
Religiosas Dominicanas (Santillana del Mar)	10,00 —

FAVOR DE LA VIRGEN DEL ROSARIO

Habiendo tenido una niña de mi familia una hemorragia nasal, efecto quizá de una fuerte insolación, y conceptuando ya los médicos que eran inútiles todos los medios humanos para detenerla y conservarle la vida, le dí a beber el agua de las *rosas benditas*, y al momento se contuvo la hemorragia, iniciándose una franca mejoría hasta la pronta y completa curación de la enfermita.

Hecho que hago público, cumpliendo gustosa la promesa que hice, para honor y gloria de Nuestra Señora la Virgen del Rosario.

JULIA HONORATO.

Yecla, 14 de Enero de 1918.



POR TIERRAS SALMANTINAS

RECUERDOS DE UNA EXCURSIÓN

(CONCLUSIÓN)

A la mañana siguiente, después de yo celebrar, dejamos las Batuecas, continuando nuestra ruta en unos caballos que nos envió don Eusebio, Procurador de Salamanca, amigo del Sr. Juez, para llevarnos a Herguijuela, donde él pasaba una temporada.

El camino por las Hurdes hasta Mestas, una de las aldeas más importantes de esta apartada comarca, es de lo más pintoresco. Siempre se va a la orilla de un riachuelo, entre frondoso arbolado, a la falda de pizarrosas montañas. Las Mestas es el primer pueblecito de las Hurdes, con que nos encontramos; las casas levantan poco más de un metro, tiene una pequeña Iglesia, una plazoleta con parras por lo alto, las que respetan sus habitantes; éstos, vestidos pobrísimamente, miran con sorpresa y llenos de admiración a los turistas, como si fueran seres de otro planeta; llevan una vida miserable, pe-

ro no salvaje, como alguien ha dicho, pues entre ellos hay religión, piedad bien arraigada, y escuelas, aunque no siempre en muy higiénicas condiciones; en Mestas comienza un bastante regular canal que llega más allá de la Alquería de Herguijuela, y una carretera que va al Cabezo, otra de las principales aldeas de las altas Hurdes; los campos están poco labrados, debido a lo cual no producen tanto como debieran; su industria es la de la hortaliza, la de la colmena, la del olivo, la del lino etc., etc. rara vez se ven algunos trocitos de terreno pizarroso sembrados de centeno. Apesar de todo, la vegetación es abundante. Hay grandes bosques vírgines, espaciosas faldas donde podía sembrarse el trigo, valles apropósito para plantar olivos, manzanos, y otros árboles frutales; existen grandes saltos de agua, que aprovechados por una mano industrial pudieran enriquecer a una provincia. Lástima que el Gobierno no dirija su mirada a esta comarca extremeña, llamada modernamente por alguien el «baldón de España» cuando antiguamente, al decir de Galucio en su *Teatro del mundo*, «su suelo era remedo del Paraíso terrenal, por la fragancia de tanta flor de albaca, cinamomos, arrayantes, cedros, cipreses, naranjos, limones y frutales, aceite y vino; las sierras pobladas de jaras, encinas, alcornoques, madroños, enebros, pinos y otros arbustos de hoja permanente; aguas abundantes y cristalinas con buenas truchas y peces exquisitos y muchas perdices en sus montes». Gracias a iniciativas particulares, las Hurdes desde el último tercio del siglo pasado progresan, progresan en escuelas, capillas, en vías de comunicación, en higiene, en la agricultura. Los nombres del Obispo de Coria, Sr. Mencheta, y sobre todo, los nombres de los que componían la sociedad *La esperanza de las Hurdes* y escribieron la revista *Las Hurdes*, particularmente el nombre del Sr. Jarrín, irán siempre gloriosamente unidos a ese movimiento de regeneración salvadora.

Al borde de sublimes barrancos, de sinuosidades ásperas, cuajadas de helechos, de zarzales y de retamas escuetas, de profundidades pavorosas, caminábamos nosotros distraídos por panorama tan singular y por la amena conversación de nuestro guía, el Sr. Tomás. Ya vamos dejando las Hurdes, llegando muy cerca de Río Malo.

Y la sierra gentil, más arriba
Perdiendo asperezas...
¡Sonriendo a medida que sube
La vida por ella!

G. y Galán.

Porque siempre será verdad que las profundidades de los valles y de los barrancos y precipicios, por muy pintorescas y sublimes que sean, parecen que oprimen el ánimo; en tanto que las alturas y las dilatadas llanuras ensanchan el alma y estasian el espíritu, contemplando la inmensidad de los cielos y de los campos. Así, con el espíritu elevado, por altos y bajos peligrosísimos, llegamos al pueblecito de Herguijuela. Allí nos espera, recibiéndonos y hospedándonos en su casa, el honradísimo y noble Procurador de Salamanca, don Eusebio, que se deshace, así como su esposa, hermana, cuñado, y sobrinos, en atenciones, lo mismo con el Sr. Juez, amigo suyo, que conmigo, que por primera vez tenía el gusto de saludarle. Nunca olvidaremos la estancia en este pintoresco pueblo y menos a don Eusebio, que es como su más venerable patriarca; nunca las atenciones del virtuoso Párroco, del ilustrado Secretario y de otras personas, que sería largo enumerar. Herguijuela se nos hizo en extremo simpático e interesante por la unión de sus habitantes y sus patriarcales costumbres. Dos de ellas me llamaron la atención: la de tener derecho todo individuo a entrar en las huertas y propiedades de los demás y comer en ellas los frutos que se le antojen, con tal que no lleve consigo fuera ninguno, recordándome la misma costumbre que tenían los hebreos; y la otra, rara por cierto, de que cuando un vecino trilla su escasa mies en las heras, van en su ayuda todos los que quieran, teniendo luego aquél la obligación de darles de merendar y cenar; sucediendo que con estas comidas gaste la mayor parte de sus mies trillada y limpia, la que rara vez pasará de ocho fanegas de trigo. La industria de este pueblo no es escasa, tiene la industria de la aceituna, del aceite, de la miel, de la cera, del lino, de la lana, la castaña, del vino, del corcho, de la pesca, etcétera. Lástima que no sean más abundantes las vías de comunicación para transportar los productos de tan buenas y útiles industrias, aunque no pueden en verdad quejarse mucho, pues no faltan diputados de la tierra que les favorecen bastante. El paseo que dimos por los alrededores del pueblo y sus contornos más próximos, fué delicioso.

Al día siguiente, antes de marchar, ce'ebé en la Iglesia, cuya torre semeja, como casi todas las de la Sierra, a un castillo con sus almenas. Nuestra despedida no podía por menos de ser cariñosísima. ¡Nos trataron tan bien y con tantas atenciones! El camino que cogimos a la salida de Herguijuela es de lo más pintoresco y delicioso: siempre entre espeso arbo-

lado, entre viñedos, olivares y castañares hasta Sequeros, llamado el baicón de la Sierra. Dejamos a la izquierda Moga- rraz, pueblo rico, según sus habitantes, criminal, al decir de los extraños; a la derecha quedan Cepeda con sus hermosos alrededores, Miranda del Castañar, colocado en la cúspide de una pintoresca montaña, en forma de cono, cual baluarte, como lo indican su posición y castillo, antigua cabeza de partido; Aldeanueva de los Condes, entre laderas cubiertas de viñedo, olivos y castaños. Contemplando estos preciosos paisajes de la Sierra salmantina créese uno encontrarse en alguno de los pintorescos lugares del norte de España o del Sur de Francia o del centro y mediodía de Italia. ¡Tan hermosa y encantadora es la Sierra de Salamanca!

Llegamos por fin a Sequeros, situado en una preciosa meseta, con vistosos contornos, por lo demás, es un pueblo que no merece en verdad ser cabeza de partido como lo es; más importante sin duda es Tamames, a donde nos llevó con paso lento el coche y de donde salimos en el mismo carruaje prensados como sardinas hasta Fuentes de San Esteban. Aquí cogimos el tren, que nos trasladó a Salamanca, alborotada a la sazón con la famosa huelga de Agosto, que los revolucionarios y malos españoles llaman sagrada y santa, y los amantes de España y del orden denominamos suversiva y antipatriota.

P. BUENO, O. P.

MISCELANEA

El Rosario, prenda de protección.—Moenchenstein, villa situada junto a la línea férrea que va de Basilea a Belfort, y a cuatro kilómetros de la primera de dichas ciudades, es un pueblo graciosamente sentado a las márgenes del Birsa, en uno de los valles más pintorescos e industriales de Suiza.

En el mes de Junio, se celebraba concurso de música y tiro, que atrajo crecido número de forasteros. Después de mediodía, llegaba un tren de Basilea atestado de viajeros y remolcado por dos locomotoras. En el instante en que atravesaba el puente del Birsa, se oyó un sordo crujido, ¡era el puente que se oyó! En menos tiempo que el necesario para decirlo, la segunda locomotora y tres coches que le seguían, fueron precipitados al río, que en tal ocasión iba muy crecido. La primera locomotora, arrastrada por la segunda, cayó a su vez, aplastando en su caída los tres coches ocupados por 200 viajeros. El cuarto coche quedó suspendido sobre el avismo, sostenidos por los que quedaban en la vía. A los gritos desesperados de los viajeros, la población de Moenchestein

acudió al punto en masa, y se apresuró a organizar el salvamento. Hubo escenas desgarradoras. Más de 150 cadáveres se sacaron sucesivamente del río, en su mayor parte horriblemente mutilados. Los heridos fueron también muy numerosos.

Pues bien; en este tren se encontraban dos mujeres de Jura, de los alrededores de Porrentruy, que regresaban de una peregrinación a Eisedeln, donde se venera una imagen de Nuestra Señora de las Ermitas. Apenas entraron en el tren, empezaron a rezar el Rosario, lo que provocó la risa y el escarnio de la gente que iba al concurso musical. Pronto cruje el puente, y el vagón cae en el Birsa. Cuando se pudo sacar a las dos mujeres de entre los escombros, se las encontró sin conocimiento, con los vestidos rasgados y manchados de sangre, pero no tenían ni un rasguño siquiera en sus personas. Este hecho es tanto más asombroso, cuanto que todos los viajeros del mismo vagón, sin excepción ninguna, estaban muertos u horriblemente mutilados.

SECCION DE NOTICIAS

ESPAÑA

Salamanca.—Con harta pena hemos visto separarse de entre nosotros a los RR. PP. Fr. Luis Furones, Fr. Julián Fuente y Fr. Benigno Rodríguez, para prestar los servicios militares correspondientes a su estado, en distintos puntos de España.

A Larache.—En el sorteo habido últimamente entre los quintos para nuestras posesiones africanas, le ha tocado ir, al Reverendo Padre Luis Furones, a las que tenemos en Larache (Africa), para cuyo punto partió el 25 del anterior mes. Le deseamos una feliz estancia y un pronto regreso no menos dichoso.

El día del Hospital.—Para socorrer las necesidades de los enfermos pobres, el día 4 de este mes, celebrarán los estudiantes de Medicina, un festival benéfico en el Liceo.

Se representarán obras importantes por señoritas de la localidad y estudiantes de Medicina. Se espera gran acontecimiento escénico.

¡Imítese!—Cabe la honra a Zaragoza, ciudad eminentemente eucarística, de iniciar un movimiento de amor y respeto al Santísimo Sacramento, cuando por *Vidático* es llevado a los enfermos.

Es ciertamente triste ver al Sacerdote pobrísimo acompañado cuando lleva el Pan de los fuertes a los desvalidos. Pues bien, en Zaragoza, es al presente escoltado por largas filas de fervientes fieles. Basta una señal de las campanas, para que acudan presurosos los fieles con velas encendidas. Esta piadosísima costumbre, gracias a Dios, subsiste aún en los pueblos.

Cátedra de castellano en Varsovia.—Ha sido inaugurada en la Universidad de Varsovia, una cátedra de Literatura y Lengua castellanas. El R. P. Anselmo Pons y Martínez, escolapio español, es el profesor encargado de esta cátedra, la primera de su clase creada en Polonia.

Excelente proyecto.—Es el concebido por el Ministro de Instrucción pública de revisar los libros de texto que se estudian en las escuelas nacionales. Con este objeto se ha publicado ya una circular, pues según frase del Director general: «Es una vergüenza que los niños estudien ciertos libros, escritos con el único objeto de lucro, llenos de disparates y de ponzoña. Sé que muchos libros los mandaremos al fuego, y que los autores y empresas editoriales pondrán el grito en el cielo. Pero no hay más remedio; todo antes que los hombres del mañana lleguen con el alma emponzoñada y con unos conocimientos disparatados.»

Honra a un Prelado.—Por la meritísima labor llevada a cabo por el Cardenal Almaraz, Arzobispo de Sevilla, con el fin de celebrar dignamente las fiestas conmemorativas del tercer centenario del voto de defender la Inmaculada Concepción, el Ayuntamiento de Sevilla ha tomado el acuerdo honroso de nombrarle hijo adoptivo de Sevilla.

El precio de los periódicos.—Desde el 15 de Febrero, costarán a 10 céntimos.—Por Real decreto, a partir del 15 del presente Febrero, el precio de todos los diarios será el de 10 céntimos.

La superficie del papel no excederá de 22.000 centímetros cuadrados, y sólo podrá destinarse 16.000 a texto y grabados.

Las suscripciones costarán 2 pesetas donde el diario se publique, y 2,50 para el resto de la nación.

El precio mínimo de los periódicos vendidos por la Administración a los vendedores, será el de siete céntimos.

Los periódicos enviarán diariamente un ejemplar a la Junta del Papel del ministerio de Hacienda, y, caso de no obedecer, serán multados con 500 pesetas la primera vez, y 5.000 las veces sucesivas.

Queda prohibido terminantemente hacer con otros periódicos combinaciones que tiendan a modificar el precio señalado.

Sólo tendrán derecho a percibir el precio que se indica, aquellos diarios a quienes alcanzó el derecho al anticipo reintegrable, concedido por el Estado a periódicos que se publicaban en Enero de 1917.

Este decreto seguirá en vigor hasta un año después de terminada la guerra.

Centenario Franciscano.—Algunas revistas franciscanas de Italia, han propuesto la formación de un Comité para la preparación de las fiestas centenarias del hallazgo del cuerpo de San Francisco de Asís, debajo del altar mayor de la Basílica papal de Asís, en 1818.

Tomarán parte en este asunto las tres ramas de la Orden Franciscana.

Buen ejemplo.—Considerando la importancia de la Buena Prensa, un caballero valenciano ha entregado a la redacción del periódico católico *Diario de Valencia*, la cantidad de 200 pesetas para costear doce suscripciones a personas que no puedan pagar el diario.

«Rosas y Espinas».—Se han introducido grandes mejoras en esta importantísima publicación. Desde el pasado enero aparece quincenalmente. Su precio es de 7,50 ptas. al año.

El Padre Fita.—El 13 de enero falleció en Madrid, el vir-

tuoso y sabio R. P. Fita, S. J., director de la Academia de la Historia y electo de la Real Academia de la Lengua.

Nació el P. Fidel Fita, en Gerona, el 31 de diciembre de 1834. Ingresó de muy joven en la Compañía de Jesús.

Sobresalió siempre en sus investigaciones históricas, que le mereciera el honrosísimo puesto de director de la Academia de la Historia, como a la sazón era.

EXTRANJERO

Concilio general de las confesiones cristianas.—Vistos los funestísimos males a que naturalmente les ha llevado el espíritu de indisciplina e insubordinación a la autoridad legítima, sienten los protestantes ahora la necesidad de abrazar las verdaderas doctrinas de Jesucristo, fielmente conservadas en la Iglesia Católica. Para esto se han propuesto celebrar un Concilio, en el cual, en unión de los católicos, estudien los medios de venir a un común acuerdo sobre las verdades de la Religión de Cristo.

El movimiento que partió de Inglaterra se ha acentuado grandemente en los Estados Unidos en el seno de las protestantes episcopales. Estas iglesias protestantes norte americanas tienen ya nombrada la junta encargada de activar el asunto poniéndose en comunicación con los demás protestantes y los católicos, quienes han de asistir al Concilio. En la imposibilidad de hacer propaganda personal, a causa de la guerra, hácenla grandísima por medio de la prensa.

Sus anhelos de unión parecen ser sinceros, nacidos del ateísmo a que les ha conducido su apartamiento de la verdadera Iglesia, la Iglesia de Roma. El credo que se proponen abrazar, es amplio y conforme en casi su totalidad con el nuestro.

¡Quiera Dios que se logre romper las fronteras que les separa de la verdadera doctrina y vuelvan al seno de la Iglesia de Cristo, de donde en mala hora se apartaron! Para este fin, han pedido oraciones a los católicos, no debemos negárselas, ya que tanto como a ellos, a nosotros también nos interesa la unión.

Conversión de una hija de Kitchener.—Dícese desde Londres que lady Noza Bessett, hija de lord Kitchener, ha abjurado la religión protestante para entrar en el seno de la Iglesia católica.

La ceremonia, emocionante, tuvo lugar en la Catedral de Westminster.

La primera procesión Mariana en Londres.—Se ha verificado en Londres, una procesión pública en honor de María Santísima, la primera desde la infausta separación del siglo XVI. Se llevó en triunfo la imagen de María Auxiliadora.

El P. Mandonnet.—En el diciembre último, se ha retirado de la enseñanza el sabio historiador P. Mandonnet, O. P. que actualmente desempeñaba una cátedra en la Universidad de Friburgo (Suiza).

—Persona autorizada también nos asegura que para el presente marzo, se jubilará igualmente de las clases, el teólogo Padre Norberto del Prado, profesor en dicha Universidad.

Holanda.—*Progresos del catolicismo.*—Es muy notable el

aumento de la religión verdadera en Holanda. En 1800, sólo había 300 000 católicos y un Administrador Apostólico, y no era permitida la celebración de la Santa Misa en público. El año 1853 el Papa Pío IX, restableció la jerarquía nombrando un Arzobispo y cuatro Obispos; los sacerdotes eran 1.400 y el total de católicos ascendía a 1.150.000. En la diócesis de Harlem y Bois-le Duc, se cuentan cada año 870 conversiones. Hánse fundado numerosas casas religiosas y edificado muchas iglesias. Buen número de diputados católicos, forman parte del Parlamento. La prensa católica que en 1875 tenía sólo un periódico, hoy cuenta con 14 diarios, 95 semanarios o bisemanarios y 43 revistas.

ROMA.—Nuevo Procurador General de la Orden.— Para llenar el hueco que deja abierto la sentida muerte del Reverendísimo P. Desqueyrous, ha sido nombrado Procurador General, el Rvmo. P. Fr. Felipe Caterini. Romano de origen, cuenta a la sazón 37 años. A pesar de su corta edad, ha desempeñado por tres veces el cargo de Prior; dos de ellas en la Minerva (Roma), de cuyo convento lo era actualmente reelegido en noviembre último.

En la serie de Procuradores Generales, que empieza en 1256, siendo Maestro General el B. Umberto de Romans, hace el número *ciento once*.

NECROLOGÍA

El P. Procurador General.—Acaba de expirar en Roma con la muerte de los justos el Rvmo. P. Enrique Desqueyrous, Procurador General de la Orden de Predicadores. Ha muerto a consecuencia de una operación quirúrgica, cuando aun esperaba la Orden grandes cosas de su avanzada edad (73 años), de su virtud verdaderamente dominicana y de sus excelentes dotes de gobierno.

El Rvmo. P. Desqueyrous pertenecía a la provincia Dominicana de Lyon en Francia, donde había desempeñado importantes cargos, entre otros, el de Maestros de Novicios y el de Prior. Cuando el Rvmo. P. Cormier fué elegido en 1904 Maestro General, le escogió para ocupar el difícil y elevado cargo de Procurador General, que desempeñó cumplidamente hasta la muerte. Fué también algún tiempo Vicario General de la Orden y Visitador del P. Cormier en varias provincias de la Orden.

Era un gran liturgista. Su carácter era muy afable, siempre se le veía con la sonrisa en los labios, sonrisa que era testimonio y espejo de su alma bondadosa y amable. Por sus buenas dotes de gobierno, fué queridísimo el P. Desqueyrons de cuantos le conocieron, de toda Roma, sobre todo del Vaticano, cuyo personal, particularmente los Cardenales y los Sumos Pontífices Pío X y Benedicto XV le honraron siempre con su aprecio y confianza

¡Descanse en paz el virtuoso P. Desqueyrous!

Salamanca.—D. Agustín Sánchez, comandante retirado, católico ferviente, caballero cumplido y amigo de hacer bien. Dispuso todas sus cosas con pleno conocimiento, recibió con fervor todos los Sacramentos.

—También pasó a mejor vida el mes anterior, la virtuosa Terciaria dominica, doña Martina Hernández. Fué modelo de Hermanas de Penitencia, espejo de madres cristianas y devotísima y amante de Jesús Sacramentado.--R. I. P.

Imp. Cat. Salmanticense y Enc., Arroyo del Carmen 15.—SALAMANCA